

—¡Ah, el pus de tus literaturas!— me dije con rabia; y lento, agobiado por no sé qué culpas, vagué por las calles, me sumí en el fango de los prostíbulos.

Hoy no se encontrará en Chile, entre los escritores de la nueva generación, ninguno que aparezca, en un cuento propio, narrado en primera persona, como escritor o pintor, ni ninguno que escriba en estos términos:

¿Ojos de Astarté, divinizados por los fenicios? ¿O de Venus Istar, por los babilonios? ¿O los inexcrutables de la Esfinge de Thebas?

Eso esta pasado de moda. Se puede aparecer como marinero o como aviador, pero jamás como escritor o como pintor, hablando de Rubén Darío o Amado Nervo... Fuera de este tono semi-romántico y semi-modernista, que hace aparecer al libro como escrito hace veinte años, los cuentos de Luis Roberto Boza que aparecen en este volumen, interesan, tienen notas fuertes, acertadas. Llegan a dar la sensación que el autor persigue. Un tono de tristeza, muy propio de aquella época de amargura, de tedio, acompaña a los cuentos.—*M. R.*

CARTUCHO. (Relatos de la lucha en el norte de México), por *Nellie Campobello*.

Si Panait Istrati comenzó sus tareas literarias en plena madurez física, y se instaló de un salto en los escaparates de la notoriedad mundial, esta Nellie Campobello, salida apenas de la pubertad, asombrará

a los países de habla castellana con su «Cartucho» (1), en que Pancho Villa y sus generalotes viven y luchan como hombres, y toda una región de México aparece envuelta en la neblina de las balas revolucionarias.

Como si ignorase las fuertes virtudes evocadoras de su pluma, temerosa de sus pretensiones literarias, la autora de «Cartucho» nos va contando, con sencillez maravillosa, lo que vieran sus ojos de niña sorprendida.

No ha querido hacer literatura, y eso mismo ha hecho de sus relatos piezas admirables, llenas de gracia y de sinceridad. Acaso ignora que tiene un gran talento literario, y un fuerte poder de síntesis para fijar escenas y personajes.

Libro el suyo de simples narraciones, tiene cada una la estructura del cuento, y acaso haya en más de alguna la fuente de una novela futura.

Nellie Campobello es dueña de un estilo muy personal, lleno de colorido y de aciertos de lenguaje, y apenas si tiene su libro una que otra vacilación narrativa.

Queremos copiar la página que ella intitula «Elías»:

«Alto, color de canela, pelo castaño, ojos verdes, dos colmillos de oro». Se los habían tirado en un combate cuando se estaba riendo». Gritaba mucho cuando andaba a caballo, era que casi siempre se emborrachaba con «sotol». ¡Viva Elías Acosta!, gritaban las gentes cuando él pasaba por las calles de la Segunda del Rayo. Elías era el tipo del hombre bello, usaba

(1) Ediciones «Integrales», México, 1931.

mitazas de piel de tigre, una pistola nueva y la «cuera» indispensable entre los Generales y Coroneles; siempre se reía mucho. Cuando quería divertirse se ponía a hacer blanco en los sombreros de los hombres que pasaban por la calle. Nunca mató a nadie; era jugando, y no se disgustaban con él.

Elías Acosta era famoso por villista, por valiente y por bueno. Era del pueblo de Guerrero del estado de Chihuahua, sabía llorar al recuerdo de su mamá, se reía cuando peleaba y le decían «loba». Era bastante elegante, yo creo que muchas mujeres se enamoran de él.

Un día, muy borracho, pasando por la casa a caballo, se apeó, se sentó en el borde de una ventana, pintó muchos monos para regalárnoslos, luego escribió el nombre de todos y dijo que iba a ser nuestro amigo, nos regaló una bala de la pistola a cada uno, de recuerdo. Tenía el color de la cara muy bonito, parecía un durazno muy maduro. Su asistente le ayudó a subir y se fué cantando, y ese día él había hecho un blanco.

Hemos copiado íntegro el relato más breve para que se aprecie el talento innegable de esta niña mexicana. Hay otros de mayor corrección formal y de mayor colorido, pero su extensión nos habría obligado a transcribir sólo un fragmento.

Con este libro de ciento cuarenta páginas, sin haberlo pretendido, y acaso sin desearlo, Nellie Campobello se gana un sitio entre los grandes escritores de América.— C. P. S.

POESIA

LA HUMANIZACIÓN DEL PAISAJE, por
Raúl Lara.

Se ha producido el cansancio en

la poesía. No tanto el cansancio en el que escribe como el cansancio en el que lee. Han desaparecido las formas clásicas, el lenguaje que la poesía usó hasta el modernismo resulta anticuado, la rima parece estúpida, la música de los versos es hoy algo personal más que algo literario, prefijado. En estas circunstancias, cuando la mayoría de la producción poética no provoca ya reacciones en el cansado espíritu del que entiende de poesía, escribir y publicar un libro de versos es exponerse a recibir un desaire. Abandonada la estructura exterior y anterior de la poesía, los poetas buscaron caminos nuevos, formas nuevas y nuevos tonos y modos de expresión verbal. Sobrevino una época de espantosa confusión, donde más se balbuceaba que hablaba, donde no se entendía nada, ni, lo que es peor, se percibía nada. Algunos poetas intentaron despertar las reacciones por medio del ingenio y vino la greguería en verso. Pero la greguería en verso resulta tan absurda como la greguería en prosa. Terminado eso, no queda sino seguir buscando. Ciertos poetas han encontrado lo que buscaban. De aquella confusión de los primeros tiempos han extraído la certidumbre de que la poesía está, más que en el valor musical o corriente de las palabras, en el valor subjetivo de ellas, en lo que sugieren aisladamente por sí mismas, en sus oscuras y desusadas relaciones. La palabra es el único modo de expresión de la poesía, y siendo así, la única manera de renovarla está en renovar los valores propios de su modo de expresión. Por ahí parece que hay que buscar,